

un día de éstos, después de que hayamos echado abajo el Imperio.»

Llegó la gran conmoción, la guerra, el Cuatro de Septiembre, y Gambetta fué individuo de la Defensa Nacional, al mismo tiempo que Rochefort. Se encontraron de nuevo frente á frente delante del tapete verde sobre el cual se firman proclamas y decretos, como se habían encontrado doce años antes delante del modesto mantel de mi mesa. La súbita llegada al poder de mis dos compañeros del barrio Latino no me asombró. En la atmósfera había entonces prodigios mucho más sorprendentes. El estruendo producido por el Imperio al desplomarse, aterraba todavía los oídos é impedía oír el ruido que hacían las botas de los prusianos que se aproximaban.

Recuerdo mi primer paseo por las calles. Volví yo del campo—de un rinconcillo tranquilo en el bosque de Sénart—respirando aún el fresco aroma de las hojas y del río. Me sentí aturdido; aquello no era París, sino una inmensa feria, algo así como un enorme cuartel en día de fiesta. Todo el mundo llevaba gorra

de militar, y los industriales al por menor, hechos libres á causa de la desaparición de la policía, llenaban la ciudad entera, como si estuviésemos en vísperas de



Año Nuevo, con multicolores puestos de baratijas y con sus gritos desaforados. La muchedumbre hormigueaba; anocheía; el aire estaba lleno de ecos de *La Marsellesa*. De pronto resonó, casi pegada á mi oído, una voz de los barrios,

chillona y maliciosa, que decía: «Compre usted la mujer de Bonaparte; sus orgías; sus amantes... ¡A diez céntimos!» Y me enseñaban un pliego de papel, mojado todavía de tinta de imprenta. ¡Qué pesadilla! En pleno París, á dos pasos de aquellas Tullerías sobre las cuales flota aún el estruendo de las últimas fiestas; en aquellos mismos boulevares que yo había visto pocos meses antes barridos, aceras y arroyos, por las cargas de los polizontes, armados de sus rompecabezas. La antítesis me hizo una impresión profunda, y durante cinco minutos tuve el sentimiento agudo de esa cosa terrible y grandiosa que se llama una revolución.

Ví á Gambetta una vez, en aquel primer período del sitio, en el ministerio del Interior—donde acababa de instalarse como si fuera su casa, sin asombro, como quien llega á obtener una fortuna que presagiaba hacía mucho tiempo—recibiendo tranquilamente, con su hombría de bien un poco burlona, á aquellos jefes de sección y de negociado que el día antes decían desdeñosamente: «¡Gam-

bettilla!» y ahora doblaban el espinazo y murmuraban con respetuosa entonación: «¡Si el señor ministro se digna permitir-melo!»

Luego ya no volví á ver á Gambetta más que de tarde en tarde, apareciéndose como á través de un desgarrón hecho de pronto en la oscura, fría y siniestra nube que envolvía al París del sitio. Uno de aquellos encuentros me dejó un recuerdo inolvidable. Era en Montmartre, en la plaza de San Pedro, al pie de aquella escarpadura de yeso y de ocre que las obras de la iglesia de San Pedro han cubierto después, pero que entonces, y á pesar de las pisadas de la gente que iba allí á pasear los domingos, y de los juegos de los chiquillos dejándose escurrir por la pendiente abajo, hallábase cubierta de algunas manchas de verdura formadas por la hierba. Debajo de nosotros, envuelta en la bruma, la ciudad de los seis millones de tejados y su colosal murmullo, que de vez en cuando se apaciguaba para dejar oír á lo lejos la voz bronca de los cañones de los fuertes. Había allí, en la plaza, una tiendecilla de

campana, y en medio de un cercado, trazado por una cuerda, un gran globo amarillo, sujeto por un cable, y balanceándose en el aire. ¡Decíase que Gambetta iba á salir en él para entusiasmar á las provincias y excitarlas á acudir en defensa de París; exaltar los ánimos, reanimar el valor, renovar, en fin (y acaso lo hubiera conseguido, á no ser por la traición de Bazaine) los milagros de 1792! Al principio no ví más que á Nadar, al amigo Nadar, con su gorrilla de aeronauta, mezclada en todos los acontecimientos del sitio; luego, en medio de un grupo, á Spuller y á Gambetta, los dos arropados con pieles. Spuller, muy tranquilo, animoso sin afectación, pero sin poder quitar los ojos de aquella enorme máquina, en la cual debía embarcarse en su calidad de jefe de gabinete del ministro, y murmurando como quien sueña: «¡La cosa es verdaderamente extraordinaria!» Gambetta como siempre: charlando y encogiéndose de hombros, casi contento de meterse en aquella aventura. Me vió; me estrechó la mano con un apretón que decía muchas cosas. Luego Spuller y él

entraron en la barquilla. «¡Larga todo!» gritó Nadar. Algunos saludos, un grito de ¡viva la República! el globo sube, y después nada.

El globo de Gambetta llegó sano y salvo; pero cuántos otros cayeron atrave-



sados por las balas de los prusianos, y perecieron en el mar, sin contar la inverosímil aventura de aquel que después de correr durante veinte horas una tempestad deshecha, fué á caer en Noruega, á dos pasos del helado Océano. Dígame lo que se quiera, había verdadero heroísmo en aquellos viajes, y no puedo recordar sin emoción aquel último apre-

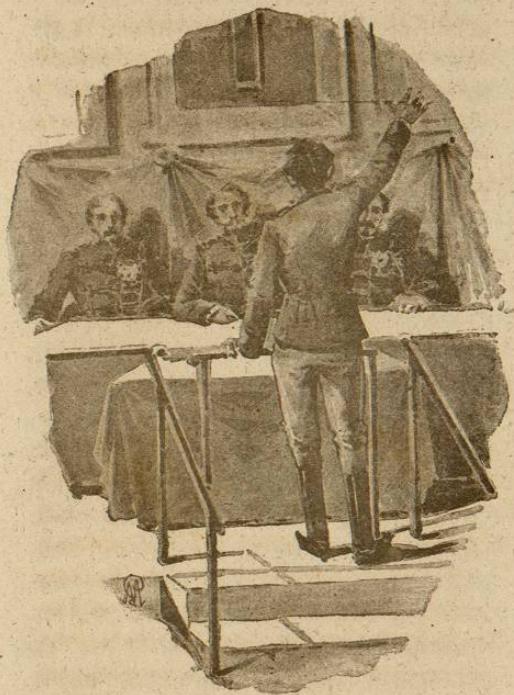
tón de manos y aquella barquilla de mimbre que, más pequeña y más frágil que la histórica barca de César, se llevaba al encapotado cielo de invierno toda la esperanza de París.

No volví á ver á Gambetta hasta un año después, con motivo del proceso Bazaine, en aquel comedor de verano, del Trianon de María Antonieta, con sus graciosas columnatas que se prolongaban hasta dentro de los dos jardines y el cual, ensanchado, agrandado con tapices y biombos, transformado en sala de Consejo de guerra, conservaba aún, con sus entrepaños poblados de palomas y amórcillos, algo así como un recuerdo, como un perfume de sus elegancias pasadas. Presidía el duque de Aumale; Bazaine estaba en su banquillo como acusado, altanero, terco, inconsciente, despótico y con el pecho cruzado con la línea roja del gran cordón de la Legión de Honor. Y verdaderamente había algo muy elevado en el espectáculo que allí se presenciaba de un soldado que por traidor á la patria iba á ser juzgado en plena República por el descendiente de

los antiguos Reyes. Desfilaban los testigos, uniformes y blusas, generales y soldados, empleados de correos, ex ministros, campesinos, mujeres, guardas forestales y aduaneros, cuyo pie, acostumbrado al desigual suelo de los bosques y al polvo y á los guijarros de las carreteras, resbalaba en el entarimado y tropezaban en los pliegues de las alfombras, todo lo cual hubiera hecho reír como el torpe y temeroso saludo, si la cándida turbación de tantos humildes héroes no hubiera hecho asomar lágrimas á los ojos: fiel imagen de aquel sublime drama de la resistencia contra los prusianos, con la cual todo el país, grandes y pequeños, creía cumplir con su deber. Lllaman á Gambetta. En aquel momento los odios reaccionarios se desencadenaban contra su nombre y se hablaba de procesarlo á él también. Entró con el abrigo puesto, con el sombrero en la mano, é hizo, al pasar por delante del duque de Aumale, un ligero saludo. ¡Oh! pero un saludo que me parece estar viendo todavía: ni demasiado altanero, ni demasiado bajo; más que un saludo fué un signo

de masonería entre gentes que, aun divididas por grandes diferencias de opinión, están siempre seguras de encontrarse y entenderse cuando se trata de ciertas cuestiones de patriotismo y de honor. El duque de Aumale no pareció molestarse, y yo estaba entusiasmado allá en mi rincón, con la correctísima y digna actitud de un antiguo compañero; pero no pude felicitarle por lo siguiente. Apenas levantado el sitio de París, temblando aún bajo la influencia de la fiebre meridional, había yo escrito acerca de Gambetta y de la defensa hecha en provincias, un artículo muy sincero, pero muy injusto también, el cual he arrancado después—mejor informado y con el mayor placer—de la colección de mis trabajos. Todos los parisienses estábamos un poco locos en aquel momento, y no había yo de ser una excepción. ¡Nos habían mentido tantas veces, nos habían engañado de tantas maneras! ¡Habíamos leído en las paredes de las alcaldías tantos bandos que hacían concebir esperanzas, tantas proclamas levantiscas, seguidas al día siguiente de lamentables des-

engaños! ¡Nos habían hecho dar con el fusil al hombro y el morral á la espalda



tantos estúpidos paseos! ¡Nos habían tenido tan á menudo boca abajo en el fango

ensangrentado, inmóviles, inútiles, tristes, mientras que los obuses vomitaban fuego sobre nuestras espaldas! ¡Y los espías! ¡y los fuertes! «¡Ocupemos las alturas de Montretout, que el enemigo retroceda!» O bien: «En el encuentro de anteayer, cogimos dos cascos y el corraje de un fusil.» ¡Y esto cuando cuatrocientos mil guardias nacionales, que estaban deseando salir y batirse, recorrían las calles de París! Luego París abrió sus puertas, y mientras que á las provincias se les decía: «¡París no se ha batido!» en París se murmuraba al oído de todos: «Las provincias te han abandonado corbardemente.» Hasta que la gente furiosa, avergonzada, impotente por no distinguir nada en medio de aquella atmósfera de odio y de mentira, sospechando traiciones donde quiera, acabó por meter á París y á las provincias en el mismo saco. Las cosas se han visto después cuando se hizo la ley. Las provincias supieron que París ha desplegado durante cinco meses día por día un heroísmo inútil; y yo, parisiense del sitio, he reconocido, por lo que á mi hu-

milde persona se refiere, que fueron admirables la acción de Gambetta en provincias y aquel movimiento de defensa, en el cual al principio no vimos más que una serie de exageradas fanfarronadas.

He visto á Gambetta otra vez hace dos años. No ha sido menester explicación alguna; él vino á mí alargándome las dos manos; era en Ville d'Avray, en casa del editor Alfonso Lemerre, en la casita de campo donde vivió tanto tiempo Corot; una vivienda encantadora, hecha como de encargo para un pintor ó para un poeta, todo del gusto del siglo XVIII, con sus tallados en madera, sus entrepaños coronando las puertas, y un pequeño pórtico para bajar al jardín. En el jardín almorzamos al aire libre entre flores y pájaros, bajo los copudos árboles que el gran maestro se complacía en pintar, de un verde tan fresco á causa de la proximidad de los estanques. Pasamos la tarde recorriendo tiempos pasados y cayendo en la cuenta de que somos Gambetta, el doctor y yo, los últimos supervivientes de nuestra mesa redonda, que hay en París. Gambetta, lo hago constar con sa-

tisfacción, lo leía todo, lo veía todo, seguía siendo un conocedor experto y un distinguido literato. Fueron cinco horas deliciosas aquellas cinco horas que pasamos de aquel modo en aquel florido y retirado rincón que se halla entre París y Versalles, y que, sin embargo, está muy alejado de todo ruido político. Parece que Gambetta opinaba como yo, porque ocho días después de aquel almuerzo á la sombra de los árboles, se compraba una casa de campo en Ville d'Avray.



HISTORIA DE MIS LIBROS

NUMA ROUMESTAN

Cuando comencé esta historia de mis libros, en la cual habrá habido quien vea cierta fatuidad de autor, pero que á mí me parece la verdadera manera original y distinguida de escribir las memorias de un hombre de letras en el margen de su obra, confieso que sentía gran placer. Hoy mi satisfacción no es tanta. En primer lugar, la idea ha perdido mucho sabor al ser utilizada por varios colegas